

Política y poética de la enseñanza¹

Diego Tatián
Facultad de Filosofía y Humanidades
Universidad Nacional de Córdoba
diegotatian@gmail.com

Bienvenidos a la Facultad de Filosofía, a estas Jornadas de Trabajo que vuelven a hacerse después de casi veinte años y que son tan importantes para la reflexión pedagógica. Quiero proponerles un pequeño vínculo entre dos de las palabras que contiene la convocatoria: educación y política. Sobre todo quisiera referirme y poner en consideración de ustedes, una impresión en relación al vínculo que puede haber entre estas dos palabras. Especialmente en una coyuntura y en un momento de disputa de prácticamente todas las cosas, esta opinión es discutible; espero que también -en el mejor sentido de la palabra- motive discusiones. Para eso, quisiera comenzar -tal vez por “deformación profesional”- con la mención de un filósofo muy conocido en el campo de la Pedagogía por toda su productividad teórica y las discusiones a las que ha dado a lugar. Se trata de Jacques Rancière (2007), quien como ustedes saben toma la experiencia pedagógica de Joseph Jacotot (2008) para realizar uno de los mayores aportes de la filosofía reciente a la educación. Jacotot hace una experiencia pedagógica con un grupo de estudiantes y escribe un libro que se llama *La lengua materna*. Un grupo de estudiantes quería aprender el francés, lengua que no conocían, en tanto que Jacotot ignoraba la lengua de los estudiantes; es decir, se ignoraban mutuamente. Toman como libro de referencia el *Telémaco* de Fénelon y comienza esta rara aventura de transmisión. Rancière hace una reflexión sobre la enseñanza, o sobre la imposibilidad de la enseñanza, o la posibilidad de enseñar lo que se ignora a partir dos principios fundamentales. Uno es este: “es posible enseñar lo que se ignora”. Y el otro, que me parece el más relevante, es el principio de que todas las

¹ Palabras de apertura al XIV Encuentro Nacional de Carreras en Educación y Ciencias de la Educación de Universidades Nacionales, llevado a cabo 18 y 19 Agosto de 2016 en la Facultad de Filosofía y Humanidades (FFyH) de la Universidad Nacional de Córdoba (UNC).

inteligencias son iguales, principio que Rancière acuña en su reflexión de esta obra de Jacotot.

“Todas las inteligencias son iguales” es una declaración. ¿Qué significa que es una declaración? Que no es algo que pueda ser comprobado científicamente, ni deducido matemáticamente, ni corroborado en la naturaleza empíricamente, sino que una declaración es algo que produce un inicio, el inicio de algo. Como se declaran los derechos por ejemplo (o la independencia, o la guerra). Una declaración es un acto que genera una situación nueva, que produce algo que antes no existía. Y allí, Rancière dice que en realidad la dicotomía fundamental no es entre saber o ignorancia, o no lo es tanto, sino entre una práctica pedagógica como ejercicio del poder -que Rancière la alía al embrutecimiento-, y otra práctica de la pedagogía como emancipación. Esta pedagogía emancipatoria, dice Rancière, presupone la igualdad de las inteligencias. En esto discute mucho con las corrientes pedagógicas del socialismo francés, a partir de una tradición autonomista en la que claramente se inscribe Rancière, que desconfía del Estado y de las políticas públicas, y que reivindica experiencias -como decía- de autodidaxia. Me pregunto aquí si no es posible articular (en vez de enfrentar y separar) el principio de la igualdad de las inteligencias con la idea de educación como derecho que no puede ser sino garantizado por el Estado.

En mi opinión solo el Estado permite la garantía de los derechos llamados “sociales”; si los derechos individuales, por ejemplo de 1789, o los derechos llamados “humanos” o del hombre y del ciudadano, eran derechos que se constituyeron para defender al individuo del Estado, me parece que son posibles otras formas de pensar los derechos humanos en sentido colectivo o social: no solamente no son contra el estado, sino que si son abandonados a la pura ley del mercado se diluyen, y por consiguiente solo pueden ser garantizados por el Estado.

Me gustaría ver la posibilidad de conjuntar, lo cual es problemático en tanto es una especie de monstruo teórico, la invitación pedagógica de Rancière y la necesidad de una intervención directa del Estado para garantizar el derecho a la educación de todas las personas. De otro modo, la declaración de la igualdad de las inteligencias corre el riesgo de ser una poética más que una política. El punto de partida de esa política a construir será, por supuesto, un reconocimiento de la capacidad de pensar de todas las personas.

El principio de la declaración de la igualdad de las inteligencias se puede formular diciendo que toda persona es capaz de comprender lo que cualquier otra persona ha comprendido o ha hecho, bajo ciertas condiciones. Si no lo hace es porque no están dadas esas condiciones. En este punto me parece importante hacer una marca. En la disputa cultural que actualmente se libra en la Argentina (que es también una disputa del lenguaje, una disputa por las palabras), se involucra también a la pedagogía de manera central. Los medios de comunicación y ciertas retóricas neoliberales promocionan un cierto individualismo que se expresa en frases publicitarias como “vos podés” o “cada uno puede”, que podrían ser confundidas con un incentivo al autorreconocimiento de sí mismas por parte de todas las inteligencias. Sin embargo, me parece que van en sentido exactamente opuesto. Y allí hay, como decía, una disputa para dar; en particular, sabiendo que las personas que no encuentran posibilidades materiales de actualizar su inteligencia quedan a la vera. Me parece que la propuesta pedagógica de Rancière nunca podría ser confundida con una teoría del mérito, pues la igualdad de la que se trata ni siquiera es igualdad de oportunidades sino una igualdad a secas. En su formalismo, la teoría de la pura “igualdad de oportunidades” reproduce siempre una desigualdad de origen, involucra una teoría de la competencia, un discurso competente, y en general produce una enorme frustración psicológica y social.

Desde ese punto de vista, me parece que resulta necesario pensar cuáles son las pasiones que se hallan en la base de una pedagogía emancipatoria. A mi entender, la principal de ellas -no sé si es una pasión, pero la tomemos de esa manera- es la confianza. La confianza en los otros, la confianza en la inteligencia, el reconocimiento de la inteligencia y por lo tanto el autorreconocimiento de todas las personas, de su potencia de pensar y su potencia de hacer.

En mi opinión es necesario este vínculo entre pedagogía y política, esta disputa política de la pedagogía, aunque sabemos que Freud hablaba de tres imposibilidades, tres cosas que no se pueden hacer: psicoanalizar, gobernar y educar. No sé si se puede educar o no se puede educar, no sé si se puede enseñar, probablemente no, pero de lo que estoy seguro es que se puede aprender. Y el aprendizaje es catastrófico, no es correlativo a la enseñanza. Es un misterio cómo las personas aprenden: ¿por qué?, ¿de quién?, ¿cuándo? Y para que haya aprendizaje tiene que haber, indudablemente, una confianza de sí, un autorreconocimiento,

un deseo. Y yo estoy de acuerdo en esto con Rancière, pero también tiene que haber presupuesto para educación, tiene que haber escuelas, tiene que haber universidades, tiene que haber docentes que lidien con la imposibilidad de enseñar, porque si no hay todo esto, que se resume en políticas públicas, se empuja en caída libre hacia la marginación social a sectores sociales enteros; si no hay todo esto, en vez de una política de la educación, nos vamos a quedar solamente con una poética. En estos términos es que yo veo la discusión actual referida a la educación en Argentina.

Bibliografía

Rancière, J. (2007) El maestro ignorante. Cinco lecciones sobre la emancipación intelectual, Libros del Zorzal, Buenos Aires.

Jacotot, J. (2008) Lengua materna. Cactus, Buenos Aires.